

DEL POR QUÉ DE LAS COSAS DEL CUENTO
DE PIERRE MENARD, DE LAS VERDADES
QUE ENCIERRA Y DE LA ÍNDOLE
DE SU ILUSTRE PROTAGONISTA

Yania Suárez

Es así que el sobredicho poeta los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de teoría y estética con tanta afición y gusto, que olvidó casi totalmente los deberes de la poesía ocupándolos con el entendimiento de las musas, con el secreto propósito llegar a aventajarlas descubriendo un día su industria, y de todos los libros que leía ninguno le parecía mejor que “Filosofía de la composición” de Edgar Allan Poe, creador de la lucidez poética, donde en muchos lugares encontraba escrito: “Es mi intención demostrar que ningún punto de esta composición se debe al azar o a la intuición, y que la obra avanzó paso a paso, hacia su culminación, con la precisión y rígida consecuencia de un problema matemático” —y con estas razones perdía el pobre caballero el juicio.

No estaba bien con el escepticismo de Descartes ante la *Lingua universalis* y decía que más le hubiera valido a Leibniz el haber llevado hasta el último término ese proyecto con el que pudiera contar ahora para encontrar un vocabulario poético y la ciencia de producir literatura, que era en lo que consistía con sus altos y bajos la secreta búsqueda de nuestro poeta. Pero, con todo, alababa al autor aquel haber dejado la continuación al futuro. Más llegó a gustarle la poesía del ajedrez de Ruy López, y las experiencias que se podían sacar de esa estructura. Y mucho bien decía luego del *Ars Magna* de Ramón Lull, inventor de la Máquina de pensar, porque, decía él, era el principio de toda empresa para hacer proposiciones verdaderas aco-

modadas a la ciencia, la combinatoria y la verdad de los arquetipos, y que todo esto mejorado con los adelantos binarios del álgebra de Boole, cuyas promesas algebraicas estaba dispuesto a cumplir a favor de la literatura, podía llevar a generar poemas y otras lindezas que se decía que de este modo era posible hacer.

En resolución, él se enfrascó tanto en aquellas leturas, que se le pasaban las noches investigando de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de conjuntos como de sonidos, sintaxis, variables, semántica, semiótica, lingüística, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de sonadas soñadas invenciones que para él no había cosa más cierta que las leyes métricas de la prosa francesa anunciadas por Mallarmé y descubiertas por él; y con esto creía estar muy apunto de poder producir literatura, y muchas veces le entraron deseos de tomar la pluma y dedicarse a ello al pie de la letra y sin duda alguna lo hiciera, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Y era que llegado a un determinado punto de sus cavilaciones sobre producir un libro nuevo, lo desanimaba al grado de la melancolía la idea de que las obras de la mente perecieran, como era visto que perecían en el tiempo, hasta caer en el olvido, perdidas por la incomprensión de la gloria, la memoria y los falsos historiadores (pensamiento terrible que le había desatado la letura de una novela fermentada que, recreando una novela maestra del pasado, la hacía pasar por obra nueva y de hoy, como si eso no fuera muy de su linaje y calidad de las obras maestras, sin necesidad de intervención alguna). Una doctrina filosófica, decíase él a sí mismo, al principio se correspondía con el universo, giraban los años y era un mero capítulo —cuando no un párrafo o un nombre— de la historia de la filosofía; y en la literatura esa caducidad era aún peor. Y no fueron pocas las noches con sus días que dedicara nuestro poeta a partir de entonces a meditar en esa pérdida.

Siendo que un día, estando metido en ese discurrir del tiempo, en suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, se le representó en la mente que todo esto debía ocurrir según el modelo del eléata Zenón, según el cual Aquiles Piesligeros

nunca podría alcanzar a la tortuga por obra de algo que parecía encantamiento pero no lo era (sino matemáticas): porque primero el héroe en la realidad estaría condenado a correr diez metros, luego un metro, luego medio metro, luego sólo un cuarto de metro, luego un octavo de metro... hasta perderse en un punto infinito sin llegar nunca a alcanzar a la tortuga, de la misma manera que una obra de la mente primero correspondía al universo, luego capítulo, luego párrafo... etc. etc; esquema que hasta hoy seguía desafiando las decisivas refutaciones que a lo largo de veintitrés siglos se le dispensaban. Y fue que se dijo que para solucionar la mengua de las obras de la mente en el tiempo o en la memoria, que era su espacio natural, debía más temprano que tarde ajustarles las cuentas a la paradoja del eléata, inventor del movimiento imposible, padre de toda la lógica, reductor del absurdo, por estar tan pareja con la realidad (o eso creía), sin atreverse más a tomar la pluma para escribir un libro nuevo —así era el temor que tenía a que estos desaparecieran.

Desvelábase así el caballero por desentrañar estos variados pensamientos y entenderles el sentido, que no se lo sacara ni los entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara sólo para ello, pareciéndole que solucionar el tiempo y su decaimiento era cuestión digna de la disciplina que profesaba. Quiso el azar que un día encontrara el fragmento filológico de Novalis donde se postulaba ser posible la identificación total con un autor determinado. Y quiso el azar también que recordara otro día (que algunos de los autores desta tan verdadera historia dirán que ambos acaecimientos fueron simultáneos) aquella receta de Quevedo con la cual prometía que mediante ciertos sencillos ingredientes de vocabulario y rima, cual bálamo de Fierabrás, los gañanes de la Mancha podrían ser Góngora en un día —de la cual nuestro apacible poeta no sospechó el engaño, puesto que él mismo había probado algo semejante en sus tiempos de poeta preciosista. Estos y tales otros variados pensamientos iban mezclándose en la cabeza, acomodándose con otras diversas y nunca vistas ideas hasta ir encaminados, como los manantiales, a formar torrente o cascada —mezcla y cascada en la cual, dicho sea de paso, con mejor discreción que en esta crónica, no para en mientes Cervantes en su aventura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar con el más extraño pensamiento que jamás dio escritor en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el servicio de las obras de la mente como para

la literatura, hacerse autor de una obra maestra del pasado (posible según Novalis y hasta Quevedo) y poniéndose en la posición de Aquiles en que era capaz de correr los diez metros íntegramente al principio, salir a desfacer el entuerto de la paradoja, recuperando la correspondencia de la obra con el universo, ejercitándose en todo aquello que había investigado y leído y desafiando así todas las ocasiones y peligros que le impidieran producir, otra vez, la obra maestra elegida palabra por palabra.

Ya se veía, el pobre, identificado totalmente con el autor de la obra — que era Aquiles en su imaginación— y recobrando de nuevo el universo entero para que éste se correspondiera con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que era la obra maestra escogida, de cuyo discernimiento no dudó ni un momento.

Y es que muy justa y llena de repentina lucidez poética le parecía la elección del *Quijote* para su empresa, por encima de todas las obras alguna vez escritas: decía él a sí mismo con elaborado discurso —y con esto pensaba que imitaba en todo las enseñanzas de “El cuervo”— que puesto que la ilustre novela había agotado todas las etapas de la carrera que en su imaginación creía que hacían las obras de la mente (empezando por ser el universo, luego un capítulo, luego un párrafo, luego etc. etc.), y que la que antes fuera obra agradable, era ahora en nuestra triste edad cadáver ilustre infinitesimal, olvido de brindis patrióticos y soberbia gramatical, no podía ser otra mejor. Él mismo, reconocíalo no sin pesar, la había olvidado. A la edad de doce o trece años la leyó tal vez íntegramente, creyendo que se trataba de una novela de caballería. Después los años de indiferencia y el olvido fueron simplificando su recuerdo hasta dejarla como la imagen anterior de un libro no escrito. De modo que ya no formaba parte de su mundo ni la consideraba inevitable —como un verso del gran Poe o del soberbio Rimbaud—, y que bien por la Historia general que afecta a todos, bien por la suya propia, el *Quijote* estaba perdido en la memoria, que era el terreno donde ocurría la menesterosa carrera que iba a salvar. Además, su novela (que ya así creía que era el autor) era exaltada en la crítica europea que leía por tener propiedades arquetípicas de resucitar, de modo que si un incendio, decían los críticos, devastara todas las bibliotecas del mundo, ésta podría renacer en cualquier variedad como el Ave Fénix. Y con estas sonadas ventajas, a las que su locura añadía el álgebra matemática, podría producirla luego luego, razonando de modo irrefutable la variante origi-

nal. De este modo, no resignándose a que la tan gallarda historia hubiera quedado manca y estropeada debido a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas y de los falsos historiadores, con estos tan agradables pensamientos y llevado por el extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo para llevar a cabo su empresa de escribir el *Quijote* fue estudiar el método que seguiría para producir otra vez la obra. Al no tener solución la paradoja del eléata Zenón, tal y como él había puesto en un libro reciente, que accedió a publicar por no ser novedad sino repaso histórico (tal era la aversión que les tenía a las novedades), estaba visto que sólo debía regresar al metro cero donde Aquiles Piesligeros era capaz de vencer el recorrido íntegramente, es decir: olvidar la historia de Europa de 1918 a 1602, recuperar la fe católica, guerrear contra el moro o contra el turco, *ser* Miguel de Cervantes.

Y es sabido que durante un tiempo estudió ese procedimiento en el que duró más o menos un año (de lo cual tomaron ocasión de decir algunos cronistas de esta tan verdadera historia que redactó para ejercitarse en el español del siglo XVII la versión literal de la versión literal que hizo Quevedo de la *Introduction á la vie dévote* de San Francisco de Sales).

Es verdad que para hacer prueba de él y porque, según recordaba, daba al traste con algunos tropiezos que él veía sobre regresar a 1602, tornó a releer la refutación que de la paradoja había hecho el caballero Bertrand Russell en su momento, publicada nuevamente en un reciente volumen, la que encontró esta vez de mayor altura y mejor discreción que cuando la desechara en un principio. Y era que en su solución, Bertrand Russell afirmaba la realidad y aún vulgaridad de los números infinitos, y sin ver escándalo alguno en la persecución del héroe griego ni imposibilidad de alcanzar a la tortuga, alegaba que en latitudes infinitas la serie de la carrera de Aquiles Piesligeros se haría equivalente a la serie de la carrera de la aventajada tortuga y a cualquier otra serie, con lo cual ya todo estaba dicho y bien resuelto.

Mal parecióle a nuestro caballero la facilidad y aún la simplicidad con que quedaba deshecho su primer método —por no decir el tuerto de la paradoja, que no lo decía— y por asegurarse de este peligro, tornó a pensarlo de nuevo. Es así que halló contento en ver finalmente que una diversidad de series infinitas y equivalentes se le ofrecían ahora, según

Bertrand Russell, en las latitudes de la carrera que se había impuesto para mayor provecho de las obras de la mente, y de todas las series infinitas que su industria juzgó y sopesó ninguna le pareció mejor para suplantar la serie Cervantes-*Quijote* que la serie Pierre Menard-*Quijote*, es decir: ser, de alguna manera, Cervantes y llegar al *Quijote* le pareció menos arduo e interesante que seguir siendo Pierre Menard y llegar al *Quijote*, a través de las experiencias de Pierre Menard. No era imposible (o así pensaba en su locura): sólo le bastaría ser inmortal para conseguirlo. Es así que, dando por bueno y mejor pensado este segundo método, y sin querer hacer nueva experiencia de él, lo diputó y tuvo por ingenio de finísimo encaje.

Decidido entonces a la arrancada, imaginó que debía como primera previsión situarse en un punto que claramente delatara toda su identidad y posición que tenía como Pierre Menard, y siendo que por esos días había fallecido un poeta y paisano suyo famoso por las simetrías en el estilo de sus rimas, redactó a manera de obituario un obstinado análisis de las costumbres sintácticas del poeta, sin dejar por un momento que el elogio o la emoción enturbiaran las razones de su crítica objetiva, y de esta manera creyó haber dejado dibujada cristalinamente su posición de arrancada como Pierre Menard.

Hecho esto y viendo con qué buen pie había comenzado sus primeros pasos en el segmento de identificación, se dispuso entonces a continuar la marcha para llegar al *Quijote* a partir de sus experiencias y en esto duró siete u ocho años. Y digo yo que algo de la suerte, de la libertad, o de la cárcel, de Miguel de Cervantes tuvo que haber requisado para que un día entre los días notara que el móvil que llevó a éste a escribir su novela no era tan exacto como él mismo decía y hasta juraba, esparciendo toda clase de promesas en la obra, que había sido, y éste era, según decía, poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería, sino que más bien Cervantes hacía gala de conocerlas todas al dedillo, como viejas historias de ha luengos años, guardando en su memoria todos los trucos, pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, tuertos y encantamientos, como quien ha pasado largas horas solazado al calor de esa literatura, recuperada por él en su silencio.

Si bien, se decía nuestro caballero, atentísimo a la memoria, que tampoco Cervantes había mentido cual malandrín y que algo de absurdo tuvo que encontrar en esos sueños que amaba para querer desnudarlos con otro

sueño. Es así que con estas razones —que a ratos parecían las de un lúcido cuerdo— se iba diciendo mientras avanzaba que para ser en todo autor del *Quijote* tendría que convertir en su reverso la literatura que él amaba y leía constantemente como Pierre Menard, de claro en claro y de turbio en turbio, con avisada fidelidad. De modo que para el próximo paso y después de mucho cavilar en su sujeto, tomó las nunca ociosas plumas y desfizo devotamente la obra más reciente de Paul Valéry, *Cimetière marin* —donde el afamado poeta juraba haber encontrado primero la forma decasílabo del poema antes que su contenido— y tornóla nuestro caballero en un poema de versos alejandrinos, de lo cual extrajo algún gozo. No contentóse con esto, sin embargo, temiendo no haber avanzado lo suficiente por faltarle convicción a su faena, así como requiebros y desafíos, y dispuesto como estaba a igualar en todo punto las hazañas de su predecesor Cervantes, redactó un artículo donde revertía disciplinadamente sus opiniones sobre Paul Valéry, haciéndolas muy contrarias a las suyas propias, en inflamada diatriba, y con esto se dio por satisfecho (éste así lo entendió, dicho sea entre paréntesis, y la amistad antigua de los dos no corrió peligro).

Corrido, pues, en gran medida, el tramo que lo separaba de su tortuga cervantesca, hecho del gusto disgusto, y confirmando a sí mismo como Pierre Menard, escribió todavía algunos sonetos amorosos a tres damas, por tener una de ellas a quien encomendarse en los momentos en que batallara con la escritura —los cuales le parecieron músicos y peregrinos como todos los que antes hacía—, y vio que sólo le faltaba anunciar su partida en carta a un amigo en la que, teniendo libro de quién quejarse, culparía de todo lo que iba a hacer a una clase de novelas parasitarias que procuraban revivir una obra maestra del pasado por medio del elemental anacronismo, disfrazando el pasado de presente, situando a Cristo en un bulevar, a Hamlet en la Cannebière o a Don Quijote en Wall Street, para embelesarnos con la idea primaria de que todas las épocas son iguales o de que son distintas. Hechas, pues, estas prevenciones, se dio prisa a aventajar la parte que quedaba de la carrera, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza y salió, como quien dice, a campo traviesa.

Mientras caminaba nuestro flamante aventurero, luz de la poesía lúcida y espejo literal de la caballería andante, iba ponderando que su tarea era aún más ardua que la de su predecesor Cervantes y la de todos los ca-

balleros que en el mundo habían ejercido la profesión que ya ejercía, pues si bien éste compuso su obra inmortal un poco *à la diable*, dejándose llevar por las inercias del lenguaje y la inspiración, él había contraído el misterioso deber de reconstruir literalmente su obra espontánea, razonando a cada paso las variantes y recordando la imagen anterior de libro no escrito todavía, que era lo que tenía del *Quijote* en su cabeza. Y así, lleno de alborozo, procurando imitar en todo lo que recordaba que había leído en el libro, se dispuso a escribirlo —y he aquí que lo que fue saliendo tenía visos de biografía.

Autores hay que dirían que el primer capítulo que escribió fue el treinta y ocho, otros que el veintidós, pero yo he podido averiguar en este caso que primero aconteció el capítulo nueve de la primera parte, donde el segundo autor de esta tan verdadera historia, Miguel de Cervantes, parte hacia la Mancha a rescatar el tramo perdido de la novela, sin poder resignarse a creer que tan gallarda historia hubiera quedado manca y estropeada y culpando en todo a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenía oculta o consumida. Y en ese rescate quedaba inventado otro autor, Cide Hamete Benengeli, cronista arábigo y manchego, a quien Miguel de Cervantes cedía a partir de entonces la responsabilidad de todo lo que se dijera, acompañándolo en la distancia a ratos y a ratos fundiéndose con él hasta perderse.

Y no sería peregrino suponer y hasta afirmar que habiendo terminado la faena y siendo ésta la naturaleza de la primera aventura, Pierre Menard halló contento y alborozo en ella, y no poco se distrajo cediendo la voz de Pierre Menard a la voz de Cervantes, que a la vez la cedía a un tercero, y con esto dio por muy bien empleada su determinación y salida.

Hecho esto, pues, y viendo el buen término con que había llevado a cabo su primera aventura y los muchos tuerfos que, de seguir así, en el futuro desfacería por el buen uso de su industria, se puso a cavilar en la próxima aventura que emprendería. Habiendo avanzado del modo en que lo había hecho en el rescate del manuscrito, dio en pensar que la siguiente aventura debía ser por fuerza del tipo de aventuras de discernimiento o discurso, en la que debía develarse algo secreto y emocionado a la vez, como algo que ocultara el mismo autor. Y fue entonces que vínole a su imaginación y a su memoria el más arduo razonamiento que su novela tenía, siendo tal su índole que había merecido, y debía merecer en el fu-

turo, capítulo separado por convicción de su autor. Y era éste el razonado discurso que ponía la nobleza, el elevado fin, los peligros y necesidades de las armas, por encima de los de las letras, siguiendo de tal modo las fórmulas de la lógica y la retórica enseñadas por Quintiliano que daba pie a los que lo escuchaban a que ninguno le tuviese por loco sino más bien por muy discreto.

Así, era su prosa, arreglada más de contrarios que se completaban y, así, la nostalgia que quedaba allí revelada, de modo tal que parecía que por ahí Cervantes se escapaba de sí mismo y Quijote (o Alonso Quijano queriendo ser Quijote) reconoce que ya ha pasado el tiempo de la caballería andante, viéndose a sí mismo como un anacronismo hijo de otra bendita edad que careció de los endemoniados instrumentos de artillería, donde, como él, los valerosos caballeros se batían mediante la espada sin temor a que un cobarde brazo, agazapado detrás de un tembloroso arcabuz, disparado de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, cortara y acabara en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.

De este modo habló en este íntimo capítulo (y cuál no hubiera sido su gozo al comprobar que muchos de quienes esto leyeron lo tomaron por más lúcido que loco, flor de los cenáculos postsimbolistas), y en saliendo de este discurso se regocijó de tal manera nuestro triste poeta de sólo pensar en las aventuras que venían y en los muchos menesterosos que socorrería, que siguió adelante:

“Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia ...”, de tal suerte empezaba el último capítulo que ensayó a escribir Pierre Menard en esta subterránea, interminablemente heroica, impar, y ¡ay de las posibilidades del hombre! también inconclusa obra invisible.

Y es que una vez rescatada de la memoria manchega su historia, una vez ajustada las cuentas a su nostalgia, sintió que con esto había llegado la hora de la libertad. Y es así que buscó en su memoria e imaginación qué aventura trataba, qué tuerto desfacería que tocara algo referente a ella y no encontró una mejor que aquella en que trataba de desfacer el tuerto de la ley del hombre y fue que acordóse en ese momento de unos cautivos que él veía por el camino que no obedecían al mandato de su voluntad e imaginación, sino que iban presos, ensartados como cuentas a una gran cade-

na de hierro por los cuellos y por quienes quiso interceder haciendo que contara cada uno su historia y el motivo de la condena de la ley humana que los apresaba de esta suerte. Todo lo cual se le iba representando muy bien en su recuerdo, persuadiéndolo y aún forzándolo, a que mostrara el efecto para que el cielo lo había arrojado al mundo haciéndolo profesar la orden que profesaba y éste era socorrer a los menesterosos, opresos de la ley ajena que es exterior, distinta a la intimidad del pecado, que es diálogo superior.

Y digo yo que así lo habría hecho y que en fatal momento se le ocurrió tamaña empresa que fue la más grave tarea que emprendería de todas las posibles tareas porque, ya fuera por una dolencia oculta que padecía, o por disposición del cielo, o por algo que ocurrió en ese capítulo, a lo cual se ajusta en cualquier caso la respuesta de Ginés de Pasamonte sobre la historia de su vida —que no podía estar terminada porque no estaba terminada su vida—, que dio su espíritu, quiero decir que se murió. Y así, entre lágrimas de los amigos, terminaron los días de Pierre Menard, a quien todos siguieron llamando Pierre Menard, sin merecer otro nombre que recordara la hazaña a la que dedicó sus días y sus noches, en soledad, oculto por voluntad propia de la mirada de los hombres, mientras avanzaba melancólicamente a la eternidad que había en el futuro equivalente, sabiendo dónde quedó colgada la pluma de Cervantes, y a quien no faltó lamento de sus allegados ni epitafio de Sansón Carrasco.

Yania Suárez
Universidad de La Habana